

**Nosotros
los viejos**



Presé a las ambigüedades que las celebraciones de años internacionales traen consigo, sus ocultaciones, falsos desagrazos y homenajes sin compromiso de transformación, la declaración por la ONU del «Año Internacional de la Tercera Edad» ha significado, para nosotros, una ocasión de profundizar en un problema humano que, como tal, no nos es, en absoluto, ajeno, y sobre el cual sentimos la obligación de pronunciarnos.

Como de costumbre, cuando abordamos un tema de análisis no podemos dar cuenta de todo lo que descubrimos y aprendemos al ponerlo en primer plano de nuestra reflexión. Eso mismo nos ha ocurrido en esta ocasión al indagar sobre la vejez. No escribimos para los especialistas en geriatría o gerontología, más bien nos hemos basado en sus estudios y en las reflexiones que la historia del pensamiento ha ido elaborando para dar espesor a una cultura de la vida. Nuestro objetivo ha sido transmitir lo esencial que, de esos saberes, nos ha parecido indispensable para hacer una llamada a la conciencia del ciudadano-prójimo sensible a las carencias de una sociedad que, en gran medida, se ha organizado sin acordarse de los ancianos.

Desde nuestro punto de vista y, sabiendo que la vida anciana posee una **dignidad** inalienable que exige el reconocimiento que le es debido, hemos querido poner el ser del anciano en el centro de nuestra atención. Esto nos exige descendernos de nuestras propias edades para ponernos en el lugar del otro envejecido, ejercicio que no supone otra cosa que encararnos con el proceso de envejecimiento que nos trabaja por dentro, por mucho que lo ignoremos consciente o inconscientemente. El envejecimiento es parte del misterio del ser humano contra el cual es normal revelarse como extraño al ideal de lo humano, pero que definitivamente nos doblegará a menos que la muerte madrugue y nos visite temprano.

De otras culturas hemos recibido un imperativo que hacemos nuestro: «honra el rostro del anciano» (Lev 19, 32). La dignidad de la vejez pide respeto y acogida, solicitud y afecto, escucha y comprensión. Dicho con las viejas palabras de Cicerón: «el peso de la edad es más leve para el que se siente respetado y amado por los jóvenes» (De senectute). Nuestra cultura occidental presenta un déficit de proximidad al anciano y de estima, por la misma razón que prefiere lo práctico, lo apolíneo y lo útil, sin preguntarse cuál es

la utilidad de nuestras utilidades, como hicieran Cohelet o A. Machado.

En este sentido nos preocupa la devaluación de la vida anciana que se demuestra en la facilidad y frivolidad con la que se habla de la eutanasia. Avergüenzan más que sorprenden, los argumentos con los que se justifica, tales como la calidad de vida, la dificultad de gozar de ella, la imposibilidad de desarrollar una actividad normal, etc. Estas dificultades y dependencias están reclamando que la vida decadente, deficiente o vacilante del prójimo encuentre la fuerza para su afirmación en el apoyo de quienes poseen un superávit de vitalidad.

De aquí que sea necesario apelar a la **solidaridad intergeneracional** como elemento indispensable para la cohesión social y para el logro de una verdadera justicia social. A duras penas se ha conseguido comprender que la legitimidad de un orden social exige que no existan grandes diferencias de clases. Sin embargo, no se comprende que existe otra división de la sociedad en segmentos edad que confina a las personas en categorías de edad aisladas entre sí.

Por esto hemos de denunciar la normalidad con la que se admite que una parte creciente de la sociedad se vea excluida de la vida social, de manera que los viejos formen clases pasivas sin desempeño de una función social satisfactoria para ellos y para la sociedad, que también pierde sus capacidades, experiencia, sabiduría y valores. Esto es un **problema de organización social**, que es tan trascendental como hacer políticas para los ancianos, prestar servicios, o hacer residencias. Se trata del problema político de hacer una sociedad en la que los ancianos estén integrados como sujetos y no como objetos.

Dado el progresivo peso de los ancianos en nuestra sociedad, nos enfrentamos a unos desafíos en el presente y en el futuro para los cuales no hemos comenzado a prepararnos, y ya estamos llegando con retraso a la cita. Por tanto, queremos que este trabajo sea una llamada para la transformación de un mundo que retira, aísla, o margina a los viejos, o se acuerda de ellos sólo como votantes o consumidores, en otro donde no se sientan extraños, inútiles o superfluos. Este es nuestro deseo: vivir en una sociedad que tenga un sitio para cada anciano en el que se pueda sentir feliz, ejerciendo como persona y sintiéndose amado hasta el último instante de su vida.